VI- El sueño / The dream

A la pregunta que la pequeña le había hecho, el hombre respondió, mientras ahora ya caminaban desde el Puente Espinosa hacia la calle Zafra

- Antes de que se marchara de Granada, una noche tuve un sueño: Una de las tarde de mis paseos por este rincón de Granada, al igual que todos los demás días, me senté un rato a la sombra del almez. El viejo árbol que crece justo en el pequeño muro de río en el conocido puente del Rey Chico. Mientras me dejaba acariciar por el fresco airecillo que por aquí siempre corre, pensaba en ella y me decía: "Seguro que a estas horas, como todas las tardes, ya estará ahí en la calle de siempre tocando su guitarra. Ahora al pasar la veré y mi corazón se alegrará. La saludaré, le daré un abrazo, charlaré un rato con ella y aún más se alegrará mi corazón".

Unos minutos después, dejé este lugar. Caminé despacio atravesando la pequeña plaza del Paseo de los Tristes, si ni siquiera fijarme en los turistas que se afanaban en fotografiar las torres y murallas de la Alhambra sobre la colina. Con la emoción contenida, me fui acercando a la calle donde presentía estaba. La estrecha calle frente a la iglesia de San Pedro, conocida con el nombre de Gloria.

Ella, a lo largo del tiempo que estuvo en esta ciudad de la Alhambra, armonizó con su guitarra cerca del río Darro, no en un lugar concreto sino en varios. La vi por primera vez al comienzo del otoño, justo en la calle Zafra. Unos días más tarde, escogió la pequeña calle cercana y es calle Gloria. Otro día tocó su guitarra sentada en el muro del río y en las últimas semanas, se ponía en la de los escalones empedrados y recorrido corto, Lavadero de Santa Inés.

La tarde que te estoy contando, yo la presentía en la calle Zafra que fue y, desde aquel día comenzó a ser y para siempre así será, la simbólica para mí. Por eso me aproximaba con el corazón ilusionado y con mi atención muy despierta para percibir los sonidos de su guitarra. Y hasta mis oídos llegaron estos presentidos sonidos. Dulces, muy suaves y delicadamente matizados. Nada más percibirlos adiviné el tema. Me dije: “Interpreta ahora mismo uno de sus temas predilectos y el que más gusta a los turistas: Capricho Árabe de F. Tárrega”.

Yo iba acercándome ya y miraba sin dejar de escuchar cuando me encontré con unas personas. Varios hombres y mujeres algo mayores y algunos jóvenes. Oí que comentaban:

- A esta joven de la guitarra, se le debería hacer un monumento. Por la hermosa imagen que presta a este rincón de Granada, con su guitarra, su belleza y lafantástica música que interpreta.
- Lo que acabas de decir es lo que he pensado nada más verla.
- Desde luego que tienes razón. ¿Os imagináis lo bonito que sería una estatua en este rincón representando a esta tan elegante muchacha tocando su guitarra?
- Y no solo eso sino también la dignidad que le daría al cauce del río a su paso por aquí, a este barrio blanco y a la imagen de la Alhambra. Alguien en esta ciudad sin duda que debería hacerle un monumento a esta muchacha.

En mi lento caminar calle abajo, rebasé a este grupo de personas. Presté mucha atención a lo que decían y al instante reflexioné sobre ello. Pensé: “Si le digo a ella esto que acabo de oír, quizá le guste. Saber lo que los demás piensan de uno y valorar en positivo lo que uno hace, levanta mucho el ánimo y la autoestima”. Meditaba esto y según me iba acercando a la calle Gloria, los sonidos de guitarra eran más claros. Sin embargo, con mis ojos la buscaba y no la veía.

Sí, ya a solo unos metros de esta calle, comencé a ver intensos tonos verdes de espesa vegetación. Enredaderas, hiedras, jazmines, retorcidos troncos de glicinias, erectos cipreses, álamos y sauces. Todo como si de pronto por aquí hubiera brotado y se hubiese desarrollado un denso bosque con las más variadas especies. Me pregunté: “¿Quién ha sembrado esto, para qué y por qué a ella no la veo? Y sin embargo, sí oigo los sonidos de su guitarra. ¿Acaso está por aquí en algún rincón oculto?”

A llegar a la calle, me paré frente a ella y, durante un buen rato, la busqué con mis ojos. Seguía sin verla pero la vegetación era tanta que ni siquiera por el río o la umbría de la Alhambra, quedaba superada. Y por esto mi extrañeza: sabía que ni siquiera en tiempos pasados y aun menos en épocas recientes, se ha dado por este lugar tan espesa vegetación fresca y verde. Miré para un lado y otro, empujado por el fuerte deseo de verla y por ningún sitio la encontraba. “Pero la música que ella siempre interpreta por aquí, sigue sonando”, me dije.

Me disponía para seguir caminando calle abajo dirección a este edificio del Bañuelo y ahora advertí algo que me extrañó: por la calle, de un lado para otro, iban y venían muchas personas pero ninguna se daba cuenta, nadie era consciente de la vegetación y variedad de plantas que yo sí veía. Algo así como si por aquí en este momento, se dieran dos mundos o realidades a niveles distintos.

Y de pronto, por entre las personas que caminaban en la misma dirección que yo, la vi. Avanzaba de espaldas a mí, con su guitarra colgada del hombro, sin apenas prisa y como si buscara algo. Sin poderme resistir, aligeré mis pasos al tiempo que pronunciaba su nombre una vez y otra y más alto cada vez para que me oyera. No reaccionaba. Lentamente continuaba bajando como recogida en sí aunque miraba para la derecha y para la izquierda.

Al llegar al comienzo de la calle Zafra, la perdí de vista. Me di más prisa y unos metros antes de situarme al principio de esta calle, a mi izquierda y pegado al muro del río, lo vi: alto, un poco mayor, con melena y barbas blancas, cara con piel tersa y algo tostada, ojos azules y miradas serenas. Nada más descubrirlo, me paré fijándome en él con mucho interés. Y con más atención clavé mis ojos en lo que este hombre tenía delante y parecía ofrecer como regalo o en venta a las personas que pasaban en ambas direcciones.

Justo a sus pies y como a lo largo del muro del río, se veía como un arriate de plantas muy variadas, restallando verdes intensos y lozanía. Todas estas plantas se volcaban un poco hacia el centro de la calle Carrera del Darro y comienzo de la calle Zafra. De las ramas de algunas de estas plantas, colgaban flores en muchos colores que las personas observaban al pasar. Surgían, como de los pies de este hombre y de la base del muro en el río, pequeños chorros de aguas muy claras. Regaban la base donde las plantas clavaban sus raíces, regaban parte de la calle y un trozo de césped o diminuta pradera que se extendía hacia calle Zafra y volvían luego estas aguas al río.

Seguía sin verla y sin tener ni idea para dónde se había ido o en qué lugar se había parado. Me acerqué al hombre de la vegetación y, como si fuera conocido mío de mucho tiempo, le pregunté:
- ¿La has visto?
Muy cortésmente me aclaró:
- Sé por quién preguntas porque la conozco y a ti también.
Extrañado le volví a preguntar:
- ¿De qué la conoces y a mí?
- Yo, de este lugar de Granada, río Darro, barrio del Albaicín y en especial la Alhambra, esta umbría y paisajes cercanos, lo sé todo.

Al oír esta confesión, me acordé del gran sabio que en tiempos lejanos existió por aquí. Fue en la época de los reyes árabes y, según cuentan las leyendas, superaba en mucho en conocimientos y predicción del futuro, a todos los personajes que ocupaban estos palacios. Anunció grandes y hermosas realidades presentes y futuras y como también describió hechos no muy agradables que sucederían en el futuro, este hombre tuvo muchos problemas. Fue expulsado de los círculos en los palacios de la Alhambra, fue denigrado y lanzado a su suerte y, para salvar su vida, tuvo que refugiarse en cuevas y vivir el resto de sus días en la miseria.

Con dignidad recia y bella, soportó la degradación a la que fue sometido y consiguió salir adelante nutriéndose con el aprecio y apoyo de los pobres sin techo ni alimento que lo conocían. Murió un día y su grupo de amigos pobres, lo dignificaron y reverenciaron manteniéndolo para siempre en sus memorias. Según fue pasando el tiempo, muchas de estas personas pobres, vieron como se cumplía casi al milímetros, bastantes de las cosas que este hombre había predicho. Y estos amigos pobres, todos entre sí, con mucha frecuencia comentaban:
- Este hombre tan bueno e inteligente, su espíritu, su alma y la bondad que abrigaba en su corazón, siempre permanecerán por aquí. Amó mucho, deseó siempre un mundo justo y la paz y dignidad para las personas y apoyó la defensa y respeto para todos los animales y plantas. Cosas todas ellas hermosas que pertenecen y clavan sus raíces en lo que da sentido profundo a la vida de las personas y este mundo.

Reflexionaba yo estos hechos del pasado frente al hombre de las plantas y no percibí el fenómeno hasta tenerlo encima. Porque desde la colina de la Alhambra y como avanzando por encima de las torres y cubriendo todo el cielo, apareció la bandada. Una densa bandada de pájaros de plumas rojas y negras que comenzaron a trazar círculos en el aire y, poco a poco, a descender y posarse justo al comienzo de la calle Zafra. Y por el pequeño tapiz verde que se extendía desde el muro hacia esta calle. Miré lleno de interés y no tardé en darme cuenta qué pájaros eran. Me dije: “Son camachuelos. Los rojos y negros camachuelos que ella ve cada invierno sobre las nieves que cubren las estepas de su país”.

Quise preguntar al sabio pero justo en este momento descubrí el trono y en él, la joven de la guitarra sentada. Vestida de princesa, traje rojo, zapatillos también rojo, corona de flores blancas y todo su trono, a un lado y otro, tapizado con plantas muy verdes llenas de flores. Por el suelo se extendía la alfombra verde surcada por pequeños arroyos de aguas limpias y ahora moteada con los llamativos colores rojos y negros de los camachuelos.

Casi paralizado por el asombro que me producía lo que estaba viendo, de nuevo pregunté al sabio:

- Y esto que ahora mismo ocurre y mis ojos ven en este rincón tan especial de Granada ¿Qué significa y por qué sucede?
Dijo él:
- Desde pequeña, ya de mayor y más ahora que ha venido a esta ciudad, ha soñado y desea con fuerza ser princesa. Soñar y vivir este sueño, es para ella tan importante o más como el aire que respira o el alimento que come. Lo que tus ojos ven ahora mismo, es su sueño convertido en realidad. Ella coronada y vestida de princesa única aquí junto al río Darro, a los pies de la Alhambra y en esta ciudad de Granada. De este modo, aunque dentro de poco se marche de esta ciudad, por este lugar se quedará para siempre su espíritu, su sueño, las melodías de su guitarra, la belleza de su corazón y su esplendor de princesa única en esta tierra.